

qué pasaría Si...

Cambiamos nuestros *Si tan solo...*
remordimientos por *Y si Dios...* posibilidades

Mark Batterson



WHITAKER
HOUSE



El Poder de *¿Qué Pasaría Si...?*

 Besar a mi esposa en lo alto de la Torre Eiffel

Era un día perfecto en París. Después de subir 669 escalones hasta el segundo piso, hicimos un espantoso viaje en un elevador hasta lo más alto de la Torre Eiffel. Entonces, con Francia como testigo, besé a mi esposa. ¿Meta #102 en mi vida? ¡Hecho!

Y todo comenzó con un *¿qué pasaría si...?*

Lo explicaré, pero antes vamos a divertirnos un poco. ¿Cómo se logró esa meta? Bueno, eso depende de cómo se mire. Simplemente se podría decir que fruncí mis labios, emprendí el acercamiento desde el lado izquierdo, cerré los ojos en el último segundo, y *voilà*: un beso en Francia, que no hay que confundir con un beso francés.

Así fue como sucedió, pero hay algo más. Ese sencillo beso fue el resultado de un itinerario bastante complejo. Volamos desde el Aeropuerto Internacional

de Dulles en un Airbus A320, pasamos la aduana francesa, tomamos el tren regional RER hasta París, detuvimos a un taxi cuyo conductor disfrutaba demasiado, para mi gusto, al decir *mademoiselle*, y después una señora francesa que llevaba un perro dentro de su bolso nos indicó cómo llegar caminando. ¡No estoy bromeando! ¡Tan clásico como un *croissant*! Pero también eso es tan solo una fracción de la historia.

Puedes argumentar que nuestro beso en la Torre Eiffel se originó en el momento en que yo establecí la meta 102 de mi vida. Y eso es cierto en parte. No lograrás cumplir el 100 por ciento de las metas que no establezcas. Pero el verdadero origen de nuestro beso se remonta a la Feria Mundial de 1889 en París cuando más de cien artistas entregaron planos para diseñar la pieza central, la obra maestra de la *Exposition Universelle*.

El ganador fue un ingeniero llamado Alexandre Gustave Eiffel, quien propuso una torre de 984 pies (300 metros) de altura, el edificio más alto del mundo en esa época. Los escépticos se burlaron de su diseño, catalogándolo de inútil y falto de arte. Eiffel lo llamó *La Dame De Fer*: La Dama de Hierro.

Fue el *¿qué pasaría si...?* de Gustave Eiffel lo que hizo posible nuestra cita romántica en lo alto de la torre, pero Eiffel mismo dio las gracias a setenta y dos científicos, ingenieros y matemáticos sobre cuyos hombros se apoyó. Sus nombres están inscritos en la torre, y sin su genialidad colectiva nuestro beso queda cancelado. Así que supongo que también le debemos nuestro beso a cada uno de sus *¿qué pasaría si...?*.

Después están los trescientos remachadores, herreros y carpinteros que ensamblaron el rompecabezas de 18.038 piezas de hierro forjado en dos años, dos meses y cinco días. Ah, y no nos olvidemos del equipo acrobático al que Eiffel contrató para ayudar a sus obreros a mantener el equilibrio sobre vigas muy estrechas cuando había fuertes ráfagas de viento. Tenemos que dar las gracias a cada uno de ellos, y también al ayuntamiento de la ciudad de París que votó en el 1909 *no* derribar la torre pese al hecho de que su permiso por veinte años había expirado. Le debemos nuestro beso a cada concejal, y a cada uno de los votantes que los eligieron para esos puestos.

Está comenzando a dar la sensación de que toda la historia gira y conspiró en torno a nuestro beso, así que me detendré aquí y expresaré lo que quiero decir. Cada momento, como nuestro beso en lo alto de la Torre Eiffel, está creado

por millones de *¿qué pasaría si...?* que se combinan de un millón de maneras diferentes para hacer posible ese momento.

Y si necesitas volver a leer esa frase, no te lo echaré en cara. Es complicada; tan complicada como la soberanía de Dios. Sin embargo, tan sencilla como la palabra *si...*

Gustave Eiffel no construyó su torre para que Lora y yo pudiéramos besar-nos en lo más alto de ella. Sin embargo, su *¿qué pasaría si...?* lo hizo posible. Y son tus *¿qué pasaría si...?* los que abren puertas de oportunidad para otras personas, a la mayoría de las cuales no conocerás a este lado de la eternidad. Pero no te equivoques, pues cada pequeño *si...* marca una diferencia exponencial en el tiempo y la eternidad.

La historia es como un tapiz intrincadamente entretejido con patrones infinitos que solo el Omnisciente puede ver y prever, pero el *¿qué pasaría si...?* enhebra la aguja. Tus *¿qué pasaría si...?* no solo cambian la trayectoria de tu vida; cambian el curso de la historia.

Nuestro beso en lo alto de la Torre Eiffel es parte de una reacción en cadena que comenzó cuando yo me pregunté si Lora saldría conmigo. Entonces actué según ese *¿qué pasaría si...?*. Bueno, en realidad, antes marqué y colgué el teléfono varias veces. Podías pasar desapercibido antes de que existiera el identificador de llamadas.

Para resumir la historia, un *¿qué pasaría si...?* condujo a otro, el cual condujo al *sí, quiero*. ¿El resultado neto? Veintidós años de matrimonio y tres *¿qué pasaría si...?* llamados Parker, Summer y Josiah.

Si te detienes y lo piensas, todo comienza con *¿qué pasaría si...?*

Cada logro, desde el premio Nobel hasta los Oscar, comienza con la pregunta: *¿Qué pasaría si...?* Cada sueño, desde poner a un hombre en la luna hasta las galletas Moon Pie creadas para conmemorar el hito, comienza con la pregunta: *¿Qué pasaría si...?* Cada avance, desde la Internet hasta iTunes, comienza con la pregunta: *¿Qué pasaría si...?*

Hay 1.784 *síes* en la Biblia, y la mayoría de esos *síes* funcionan como conjunciones condicionales al comienzo de las promesas de Dios. Si cumplimos la condición, ¡Dios cumple la promesa! De modo que lo único que se interpone

entre tus actuales circunstancias y tus sueños más intrépidos es un pequeño *si...*

Un pequeño *si...* puede cambiarlo todo.

Un pequeño *si...* puede cambiar cualquier cosa.

¿Y SI...?

El día 15 de agosto de 1987 Howard Schultz se vio frente a la decisión más difícil de su vida: si comprar o no una pequeña cadena de cafeterías con un nombre extraño: Starbucks.

Sabiendo lo que sabemos ahora, parece obvio, pero para Schultz, el precio de 3,8 millones de dólares daba la sensación de ser el caso del salmón que se traga a la ballena. En sus memorias, *Pour Your Heart into It* [Pon tu corazón en ello], el arquitecto que estaba detrás de la marca Starbucks reflexiona sobre ese importante momento ¿y *si...*?

*Este es mi momento, pensé. Si no aprovecho la oportunidad, si no salgo de mi zona de comodidad y lo arriesgo todo, si dejo que pase demasiado tiempo, mi momento pasará. Yo sabía que si no aprovechaba esa oportunidad, la repetiría en mi mente toda mi vida, preguntándome: ¿Qué habría pasado si...?*¹

Howard Schultz tomó la decisión crucial de renunciar a la red de seguridad de un salario de 75.000 dólares para seguir su pasión por todo lo relacionado con el café. Las acciones de Starbucks se hicieron públicas cinco años después, el 26 de junio de 1992. Fueron las segundas acciones que más movimiento tuvieron en el NASDAQ ese día, y cuando la campana marcó el final de la jornada, su capitalización en el mercado era de 273 millones de dólares. ¡No está nada mal para una inversión de 3,8 millones de dólares!

En la actualidad, Starbucks tiene 16.580 tiendas en 40 países, con unos beneficios que alcanzan casi los cinco mil millones de dólares, y sus 137.000 empleados totalizan dos veces la población de Groenlandia. Según cálculos conservadores, Starbucks vendió 3.861.778.846 tazas de café el año pasado.² ¡Sin mencionar las otras 87.000 posibles combinaciones de bebidas!³

Y cada trago de cada bebida comenzó con: *¿qué pasaría si...? o ¿y si...?*

Para que conste, mi combinación favorita en Starbucks es un *caramel macchiato*. Solamente porque seamos los dueños y dirijamos una cafetería independiente en Capitol Hill no significa que yo esté en contra del sistema. Escucha: si no estoy cerca de la cafetería Ebenezer, tomaré caféína dondequiera que pueda obtenerla, lo cual, gracias a Starbucks, ¡parece que puede ser en cada esquina en los Estados Unidos!

Si vamos marcha atrás en Starbucks todo el camino hasta sus humildes orígenes, comenzó con el *¿Qué pasaría si...?* de Howard Schultz. Eso es cierto también de Ebenezer: *¿Qué pasaría si..* pusiéramos una cafetería donde nuestra iglesia y nuestra comunidad cruzan sus caminos?

Un millón de clientes después, *¿y si...?* está haciendo que se cumplan muchos sueños. Cada centavo de beneficio neto, más de 1 millón de dólares ahora, ha sido reinvertido en una amplia variedad de causas del reino; y cada centavo se remonta a la pregunta: *¿Y si...?*

¿Cuál es tu y *si...?*

Si aún no lo sabes, sigue leyendo.

Quiero que sepas que he estado orando por ti. Aunque puede que no conozca tu nombre ni tus circunstancias, Dios sí las conoce. Y le he estado pidiendo a Él que haga llegar este libro a las manos correctas en el momento correcto. Esa es mi oración para cada libro que escribo, de modo que cuando alguien se disculpa por no haber leído uno de mis libros, acepto la disculpa. Confío en el tiempo de Dios.

Desde luego, también es cierta la otra cara de la moneda. El hecho de que tengas en tus manos este libro es evidencia de que estás preparado para *¿qué pasaría si ?* Estoy orando para que Dios lo revele a medida que leas.

¿Qué pasaría si...? es algo más que un libro.

Es tu *¿qué pasaría si...?*

Pero antes, tienes que dejar atrás el *si tan solo...*

TU MAYOR REMORDIMIENTO

Uno de los epitafios más tristes en la Biblia está oculto en Jeremías 46:17. Me recuerda a una vieja lápida en un viejo cementerio lleno de malas hierbas. El profeta exclama:

Allí dirán: “¡El faraón, rey de Egipto, es un bocón que perdió su oportunidad!” (NTV).

El faraón Hofra fue el cuarto rey de la dinastía veintiséis de Egipto. Como líder político y religioso de una de las civilizaciones más avanzadas de la tierra, el faraón tenía mucho potencial, mucho poder. Él podía tomar la historia y hacer historia. Pero perdió su momento *¿y si...?* No se identifica qué oportunidad fue, pero el faraón Hofra gobernó durante diecinueve años, ¡de modo que probablemente perdió más de uno! Y debido a que perdió su *¿y si...?*, se llevó sus *si tan solo...* remordimientos con él a su tumba.

Voy a hacer una predicción bastante valiente.

Al final de tu vida, tu mayor remordimiento no será por *las cosas que hiciste, pero desearías no haber hecho*. Tu mayor remordimiento será por *las cosas que no hiciste, pero desearías haber hecho*. Los sueños y *si...* sobre los que nunca actuamos son los que se convierten en *si tan solo...* remordimientos.

Esa predicción está respaldada por un estudio realizado por dos psicólogos sociales, Tom Gilovich y Vicki Medvec.⁴ Según su investigación, el tiempo es un factor clave en lo que lamentamos. A corto plazo, tendemos a lamentar *acciones* más que *inacciones* con un conteo del 53 al 47 por ciento respectivamente. En otras palabras, sentimos un agudo remordimiento por los errores que hemos cometido. Pero a la larga, lamentamos las *inacciones* más que las *acciones*, en un 84 al 16 por ciento respectivamente.

Eso no significa que no tengamos algunos remordimientos profundamente arraigados por cosas que desearíamos no haber dicho o hecho, pero nuestros remordimientos más duraderos serán las oportunidades que dejamos sobre la mesa. Esos son los *si tan solo...* que nos persiguen hasta la tumba y más allá.

Ahora voy a traducir ese estudio a términos teológicos.

Nos fijamos demasiado en pecados de comisión. Practicamos la santidad mediante sustracción: no hagas esto, no hagas aquello, y estarás bien. El

problema con eso es el siguiente: puedes no hacer nada incorrecto, y aún no hacer nada correcto.

La rectitud es más que no hacer nada incorrecto; es hacer algo *correcto*. No es tan solo resistir la tentación; es perseguir las oportunidades ordenadas por Dios. Santidad mediante sustracción es jugar para no perder. Rectitud es ir por todo con Dios. Es jugar para ganar. Es vivir como si la victoria ya ha sido ganada en la cruz del Calvario. Y lo ha sido.

En mi opinión, son los *pecados de omisión* los que más entristecen el corazón de nuestro Padre celestial: los habría, podría y debería. ¿Por qué? ¿Porque nadie conoce el potencial que Dios nos ha dado como el Dios que nos lo dio en un principio!

El potencial es el regalo de Dios para nosotros.

Sacar el máximo de ello es el regalo que le devolvemos a Dios.

Cualquier cosa menos que esa da como resultado el remordimiento.

PENSAMIENTO CONTRAFACTUAL

Un hecho poco conocido: cuando yo estaba en la secundaria, quería ser profesor de historia. Me he conformado con ser historiador de sillón, pero sigo siendo un adicto a la historia.

Técnicamente, la historia es el estudio de acontecimientos pasados; lo que sucedió realmente. Pero hay una rama de la historia, la teoría contrafactual, que hace las preguntas *¿y si...?* Considera las realidades alternativas que podrían haber surgido si las bisagras de la historia hubieran girado hacia el otro sentido.

Se ha dicho que el *¿y si...?* es la pregunta favorita del historiador.⁵

¿Y si una de las cuatro balas de mosquete que atravesaron el abrigo de George Washington durante la Batalla de Monongahela en 1755 le hubiera atravesado el corazón?

¿Y si la invasión en el Día-D por parte de los Aliados el 6 de junio de 1944 no hubiera detenido al régimen nazi?

¿Y si los confederados hubieran ganado la Batalla de Little Round Top en Gettysburg el 2 de julio de 1863?

La historia está llena de *¿y si...?*, y también lo está la Escritura.

¿Y *si* David no hubiera dado en la frente a Goliat?

¿Y *si* Ester no hubiera ayunado, encontrando así favor y salvando así del genocidio al pueblo judío?

¿Y *si* José y María no hubieran atendido a la advertencia que les hizo el ángel de que huyeran a Belén antes de que aparecieran los secuaces de Herodes?

Mantengámonos en esa línea.

La teoría contrafactual es simplemente un ejercicio de pensamiento contrafactual. Y no es solamente un ejercicio útil para los historiadores; es un ejercicio sano para cualquier persona. El pensamiento contrafactual es una dimensión crítica a la hora de establecer metas y tomar decisiones. Es pensar fuera del molde. Es ir contra la corriente. Es la capacidad divergente de reimaginar alternativas.

Y este libro está diseñado para hacer eso. No solo la historia o la Escritura están llenas de momentos *¿y si...?* Son también los momentos decisivos, ¡los momentos críticos en nuestras vidas!

La neuroimagen ha mostrado que a medida que envejecemos, nuestro centro cognitivo de gravedad cambia del lado derecho imaginativo del cerebro al lado izquierdo lógico. En algún momento, la mayoría de nosotros dejamos de vivir por la imaginación y comenzamos a vivir por memoria. Ese es el día en que dejamos de crear el futuro, y comenzamos a repetir el pasado. Ese es el día en que dejamos de vivir por fe, y comenzamos a vivir por lógica. Ese es el día en que dejamos de soñar con *¿y si...?* posibilidades, y terminamos con *si tan solo...* remordimientos.

¡Pero no tiene por qué ser de ese modo!

PLAN DE VIDA

Recientemente pasé dos días con un coach de vida elaborando un plan de vida.

Esos dos días darán dividendos durante el resto de mi vida. Tan solo desearía no haber esperado tanto tiempo para hacerlo. Francamente, ¡había pasado

más tiempo planeando vacaciones que planeando mi vida! Tenía algunas metas en la vida, como la meta 102, pero no estaba viviendo con el tipo de intencionalidad necesaria para convertir las posibilidades en realidades.

Hice diecinueve ejercicios con mi coach de vida, cada uno de ellos con la meta de reimaginar mi vida. El enfoque era mi futuro, pero lo miramos mediante el prisma de mi pasado. Era como un juego de unir los puntos, y se deletreaba fidelidad de Dios.

Cuando terminamos, mi sentimiento de destino estaba por las nubes. Uno de esos ejercicios implicaba hacer un guión gráfico de mi vida identificando momentos decisivos. Después, pusimos título a los capítulos de mi vida, y finalmente precisamos lo que se denomina “puertas de vida”: los momentos decisivos que cambian la trayectoria de nuestras vidas. Son los momentos *¿y si...?* cuando se concibe un sueño, cuando se toma una decisión, o cuando se corre un riesgo.

Una de las revelaciones que tuve durante ese proceso de plan de vida fue que yo soy mi propio historiador. Es Dios quien ordena nuestros días, ordena nuestros pasos, y prepara de antemano buenas obras. Pero nosotros tenemos que ser estudiantes de nuestra propia historia, incluidos nuestros *si tan solo...* remordimientos. Tenemos que aprender las lecciones y hacer uso de los errores. Tenemos que unir los puntos entre causa y efecto. Y tenemos que reimaginar nuestro futuro en el marco de las promesas de Dios.

Pese a cuántos remordimientos tengas, Dios es el Dios de las segundas oportunidades. Sin importar cuán profundamente arraigados estén esos remordimientos, Él puede convertir tus *si tan solo...* remordimientos en *¿y si...?* posibilidades.

Este libro está lleno de historias de personas como tú que han hecho precisamente eso. Jesús pone un guión en la historia. Si le entregas a Él el control editorial completo, el Autor y Consumador de nuestra fe escribirá *Su historia* por medio de tu vida. No puedo prometerte un cuento de hadas sin ningún dolor ni sufrimiento, pero puedo prometerte que terminará con un “y fueron felices siempre”. Mejor aún, felices *para siempre*.

Y eso nos lleva al capítulo 8 de Romanos.

EL GRAN OCHO

Cuando se trata del capítulo 8 de Romanos, incluso los lexicógrafos se quedan sin palabras. No muchos adjetivos pueden hacer justicia a su misterio y su majestad.

El teólogo y pastor John Piper llama al capítulo 8 de Romanos el capítulo más grande de la Biblia. En breve: “el Gran Ocho”.⁶

¿Quién soy yo para discutir con él?

Martín Lutero lo llamaba “el evangelio más claro de todos”.⁷ William Tyndale, que fue martirizado por traducir la Biblia al inglés, lo llamaba “la parte más excelente del Nuevo Testamento”.⁸ Y Douglass Moo, un profesor de una de mis alma mater, lo llama “el santuario interior dentro de la catedral de la fe cristiana”.⁹

Yo siempre he pensado en él como “el capítulo del *¿y si...?* Los diez *si* que hay en Romanos 8 llevan a infinitas posibilidades. Una última etiqueta: “Súper 8”. Como una buena película, Romanos 8 lo tiene todo: acción, aventura, argumento, e incluso algunos efectos especiales.

Es el *David* de Miguel Ángel.

Es la *Mona Lisa* de Da Vinci.

Es la Quinta Sinfonía de Beethoven.

Es el discurso de Gettysburg de Lincoln.

El Gran Ocho comienza con una gran explosión:

*Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús.*¹⁰

Tiene un final de cuento de hadas:

*Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación, podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor.*¹¹

Justamente en el medio, cruza el puente de Brooklyn de la Biblia:

*Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.*¹²

Y también está el argumento secundario:

*En todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.*¹³

Hablaré de todas estas verdades, pero la piedra de toque es una pequeña palabra de dos letras en medio del capítulo. Es el eje, el meollo; es la bisagra sobre la cual gira el capítulo más grande.

*Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?*¹⁴

Ese es el punto de inflexión, lo que transforma la vida. Pero tienes que resolver el asunto. Si tienes dudas subconscientes acerca de las buenas intenciones de Dios, se manifestarán en miles de formas de temor. Si crees con cada fibra de tu ser que Dios es por ti, te espera una realidad alternativa.

Esa es la meta, pero antes, un descargo de responsabilidad.

Este libro no es una teología sistemática, ¡lo cual es un oxímoron, de todos modos!

¿Qué pasaría si...? no es un comentario; es más bien una pintura impresionista.

No trata de analizar treinta y nueve versículos con la lógica del lado izquierdo del cerebro. Habla de pintar un paisaje de fe, esperanza y amor con pinceladas de la parte derecha del cerebro. Yo amaba el Gran Ocho cuando comencé a escribir, al igual que amaba a Lora el día en que nos casamos. Veintidós años después, nuestro amor es más profundo, más duradero y más fuerte. Así es como me sentí con respecto al Gran Ocho cuando terminé este libro, y esa es mi oración por ti. ¡Que te enamores del Dios del *¿y si...?* otra vez! Que se te acelere el pulso cuando pases las páginas de este libro y, más importante, del Libro.

Espero que comiences a leer y no puedas parar, pero permite que te ofrezca una sugerencia. *Qué Pasaría Si* tiene treinta capítulos por un motivo, y recomendaría leer un capítulo cada día. Piensa en ello como treinta días de *¿y si...?*

¿Y por qué no leerlo con un amigo, un grupo pequeño o un club de lectura? ¡A
Qué Pasaría Si le encanta la compañía!

¿Cuál es tu *¿y si...?*

Vamos a descubrirlo.



*¿Y si estás a la distancia de una decisión
de llevar una vida totalmente distinta?*